

EL REGRESO DE ULISES¹

Esta reseña traza un arco que contiene los caminos iniciales y de formación, todavía inseguros y no totalmente decididos, la lenta y posterior consolidación de los saberes adquiridos que siguen siendo incompletos, porque nunca se terminan la voluntad y el placer de continuar absorbiendo nuevos conocimientos, desde un pequeño lugar del interior provinciano cuya vida transcurría bajo los ciclos del ferrocarril.

■ **María Laura de Arriba**

Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Tucumán

lauradearriba@gmail.com

¹ Editor asignado: **Edgardo Cutin**

La pregunta de Ulises en su demorada vuelta a Ítaca, su isla natal, no intenta responder “¿quién soy?” sino “¿cómo regresar?”. ¿Cómo regresar hasta esa persona que una fue hace ya muchos años cuando, de alguna manera, elegíamos nuestro destino? Dar cuenta de un arco que contiene los caminos iniciales y de formación, todavía inseguros y no totalmente decididos, la lenta y posterior consolidación de los saberes adquiridos hasta lo que, aunque no señala el final de una trayectoria, refiere ya una etapa de madurez de lo aprendido, nos deposita en el umbral de lo que fuimos, de lo que, de todos modos, todavía somos, a pesar de los cambios que la experiencia va imprimiendo en el cuerpo. Saberes adquiridos que siguen siendo incompletos porque nunca se terminan la voluntad y el placer de continuar absorbiendo nuevos conocimientos.

Nací en 1961 en San Miguel de Tucumán porque en mi ciudad, Taí Viejo, no había sanatorios ni clínicas. Pero crecí ahí, en ese pequeño lugar del interior provinciano cuya vida transcurría bajo los ciclos del ferrocarril. De lunes a viernes sonó, durante 70 años, a las 5 am, a las 5.20 am y a las 5.30 am la sirena que marcaba el inicio de la jornada laboral. Una sirena que simulaba la de un barco y que era hermana de

la sirena del Titanic, es decir, habían sido fabricadas por la misma empresa en Glasgow, Inglaterra. Mis abuelos españoles habían cursado un secundario técnico que los conducía, al terminarlo, a un lugar de trabajo garantizado en los talleres ferroviarios. Luego, mis padres, también ingresaron al ferrocarril.

Aprendí a leer y escribir en francés porque, incapaz de soportar el jardín de infantes, que no era obligatorio entonces y del que me escapaba con frecuencia, recalé en la Alianza Francesa junto a un grupo de chicos más grandes que me aceptaron con la simpatía con la que se acepta a las mascotas. Mi madre tenía, sin conocimiento alguno de la existencia de Kant, un imperativo categórico: hay que hacer algo útil en la vida siempre y me destinó a una alfabetización francesa. El contacto con las primeras lecturas desató una voracidad insaciable por leer todo lo que aparecía en el horizonte; mamá, con sabia intuición, vio que ese deseo mío coincidía con la utilidad exigida a una vida. Imposible para su horizonte desperdiciar las horas o aburrirse dejando pasar el tiempo en pavadas inconducentes. Los buenos hábitos auguraban resultados valiosos.

Recuerdo tomos de la colección Robin Hood y Salvat con sus

libros de Salgari, Julio Verne, Louise May Alcott, Robinson Crusoe, Tom Sawyer, Huckleberry Finn, G. K. Chesterton, Wilkie Collins y la épica de *La Ilíada* y *La Odisea*.

Esa irrefrenable pasión por la lectura (literal: no podía parar de leer) hizo que tanto la escuela primaria como la secundaria no me exigieran demasiado esfuerzo. El verdadero desafío del conocimiento lo enfrenté, por primera vez, en la Universidad. Sobre todo, porque había egresado de un colegio nacional estándar del interior de la provincia y, en 1979, dictadura mediante, se ingresaba con examen y cupo. Era la estrategia que habían encontrado los militares para reducir la cantidad de estudiantes. Durante los dos meses que duró el curso introductorio comprobaba, día a día, todo lo que no sabía si me comparaba con quienes se habían formado en escuelas secundarias de la Universidad. Me sentía el *summum* de la ignorancia, pero estudiaba como una poseída. Con increíble tenacidad y muchos desvelos, con mi *nonna* cebándome mate para mantenerme despierta, conseguí ingresar a la soñada carrera de Letras que me prometía el paraíso en la tierra.

Como dije, entré a la carrera en 1979. Tanto ese primer año como

los siguientes fueron oscuros, oprobiosos: profesores expulsados, cátedras que se cubrían sin concursos, la policía entrando a la Facultad de Filosofía y Letras con regularidad sólo para intimidar, numerosos autores prohibidos que se mencionaban secretamente sin poder acceder a su lectura. Los programas llegaban hasta fines del siglo XIX y, en raras excepciones, hasta las primeras décadas del XX. La formación estaba orientada al pasado y lo mismo podía decirse de los paradigmas científicos y teórico-críticos, obsoletos, inactuales, a contrapelo de los que se desarrollaban en el resto del mundo.

Mucho antes de mi ingreso a la universidad, cuando estaba en primer año del secundario, dos hermanas amigas que eran más grandes, Patricia y Ana Álvarez, hoy desaparecidas, me habían prestado, en 1974, *Final del juego* de Julio Cortázar. Relatos deslumbrantes y, por momentos, difíciles de decodificar, que me hicieron experimentar verdaderas epifanías durante su lectura. También me permitieron vislumbrar qué lejos quedaba la contemporaneidad y cuántos reinos nos estábamos perdiendo. Un inmenso agujero negro de ignorancia nos envolvía sin la esperanza de un cambio cercano. Hasta que llegó 1982 y la tragedia impensable de Malvinas nos empujó hacia el acelerado túnel de la recuperación democrática. Los meses siguientes fueron vertiginosos, transcurrieron a la velocidad de una luz que desvanecía las tinieblas de la dictadura genocida. Nos abríamos a un universo lleno de promesas y de felicidad hacia nuevos tiempos que, sin embargo, se eclipsaban con los relatos del horror provenientes de aquellos que habían sobrevivido. De ese poder de las tinieblas se tenían algunas noticias más o menos imprecisas; pero lo que afloró era, de algún modo, inconcebible por su dimensión de espanto.

La primavera alfonsinista nos invitó a celebrar en las calles, a bailar en las marchas, a cantar en las peñas de las renacidas juventudes políticas y, en mi caso, a militar en el movimiento estudiantil. Esa efervescencia retrasó dos años mi tesis de licenciatura, pero la riqueza de esa fiesta nacional permanece como un recuerdo imborrable, irrepetible. En ese vuelco hacia las plazas y los bares icónicos de la movida política, "La Cosechera", "El Buen Gusto", nos conocimos con mi marido. Hoy miramos ese tiempo con ternura y alguna melancolía dulce, muy muy lejos de la ingenuidad de entonces, pero con la serenidad agradecida de haber formado parte de esa euforia, de ese colectivo de jóvenes que gritaba "Nunca más". Porque así fue: Nunca más... definitivamente.

Inmediatamente después de graduarme me dediqué a contrarrestar los déficits de mi formación. En ese momento fue crucial la función que cumplieron algunos maestros fundamentales: Susana Zanetti, Beatriz Sarlo, David Lagmanovich, Nicolás Rosa, Noé Jitrik, Josefina Ludmer, Tomás Eloy Martínez, Ricardo Piglia, Gustavo Geirola, entre otros escritores e intelectuales que se dedicaron, con paciencia, a conjurar nuestra ignorancia. Y en este punto cabe reconocer la función de las universidades nacionales que incentivaron los cursos de posgrado y de actualización con éstos y otros prestigiosos especialistas. Desde la Secretaría de Extensión del Centro Cultural Virla de la Universidad Nacional de Tucumán se destacó el poeta Juan González, artífice mayor de muchas de estas visitas relevantes.

A grandes bocanadas absorbíamos los nombres, los conceptos, las teorías epistemológicas que desconocíamos y fotocopiábamos con frenesí todo lo que podíamos pagar. Nuevos universos se balanceaban

ante nuestros ojos y la avidez por abarcarlos nos quitaba el sueño.

Fue, además, una época en donde proliferaron numerosos eventos académicos: congresos nacionales e internacionales, Jornadas, Mesas, Paneles, Series de conferencias, entre otros, a los que asistíamos, con disciplina ejemplar, a escuchar a "los grandes", en especial a los que volvían a las universidades y donde empezábamos a exponer nuestras primeras investigaciones.

En el área de Literatura latinoamericana, fue esencial la creación por parte de Susana Zanetti y David Lagmanovich de la "Asociación Amigos de la Literatura latinoamericana" fundada entre 1986/ 1987, especialidad a la que habría de dedicarme desde entonces. A partir de esa asociación, dos viejos maestros se ocuparon de poner en contacto y de formar un semillero de jóvenes de numerosas universidades argentinas, en una disciplina subcontinental que había sido desmantelada por la dictadura. De ese grupo maravilloso y fundacional habrían de surgir mis amigos y colegas más queridos: Julia y Enrique Foffani, Mónica Marinone, Laura Pollastri, Graciela Salto, Gabriela Tineo, Teresa Basile, Jorge Monteleone, Silvia Tieffemberg, Andrea Ostrov, Elena Altuna, Mónica Bernabé, entre otros no menos entrañables. Ese fue el germen que más tarde nos permitió configurar la RED INTERUNIVERSITARIA KATATAY, Red de Docencia e Investigación en Literatura y Cultura Latinoamericanas, fundada hace veinte años (2006) y conformada por las siguientes universidades nacionales: Comahue, La Pampa, Mar del Plata, La Plata, Rosario, Córdoba y Tucumán, a través de un convenio de cooperación convalidado con la firma de los Consejos Superiores y los rectores de las universidades participantes. La Red agrupa a un cen-

tenar de docentes- investigadores de las universidades nacionales que la integran, un nuevo semillero de jóvenes que toman la posta que vamos dejando los viejos.

Katatay es una palabra quechua que da nombre, además, a un poema del escritor peruano José María Arguedas (1911-1969), escrito en lengua indígena y en español. Se traduce como temblar, vibrar o estremecer y se vincula con la energía, el movimiento y la fuerza vital de América latina.

Desde la Red, hemos organizado y organizamos, todos los años, múltiples actividades de formación de graduados, congresos, talleres de discusión teórica, una Revista Académica, una Editorial con decenas de libros publicados, una página Web, Grupos de talleres interdisciplinarios sobre literatura tradicional, digital, creaciones de los pueblos originarios en su lengua, cine latinoamericano, producciones audiovisuales, foros de debates, entre otras innumerables actividades que nos han permitido una trascendencia internacional relevante y reconocida.

En esos primeros años de formación rendí mi primer concurso en la Sede Regional Tartagal de la Universidad Nacional de Salta, en la cátedra de Latín II y me convertí en profesora viajera. Éramos varios los tucumanos jóvenes que iniciamos nuestras carreras académicas allí, donde todo estaba por hacerse. Ese grupo tucumano dinamizó la carrera de Letras y posibilitó que muchos estudiantes, que habían visto interrumpida su formación por falta de profesores, se pudieran graduar. De Tartagal, a la que habíamos bautizado "el desierto de los tártagos", por el tremendo calor que hacía, recuerdo con persistencia la avidez de sus estudiantes a quienes les llevábamos unos pocos años. Ante sus ojos voraces éramos los profes que



University of Pittsburgh (1994).



University of Pittsburgh (1994).

traían los más novedosos saberes universitarios, las referencias bibliográficas más actuales, los textos y autores que todavía desconocían. Formábamos a esos chicos mientras nos formábamos a nosotros mismos, con la audacia y la irreverencia que permiten las instituciones noveles y con poca tradición. Así, inventamos una revista académica, proyectos de investigación, ciclos de cine comunitario, viajes a congresos y muchos cursos de profesores prestigiosos a

quienes convencíamos de que había que hacer patria ahí, en los márgenes, en la frontera con Bolivia, porque esa era la función de los intelectuales latinoamericanos. Mirado a la distancia, fue grande la contribución de los tucumanos en esa Sede perdida que, con el paso del tiempo y ya con profesores locales, pudo convertirse en Facultad.

No era fácil llegar o volver de ese lugar. La crecida del Bermejo, que

se llevaba los puentes, y, luego, las rutas cortadas por los piquetes de los despedidos de YPF, hacían, de cada viaje, una aventura incierta y, también, delirante. Muchas veces tuvimos que cruzar el río desbordado, con el barro hasta las rodillas porque los micros no podían seguir. A veces, algún camionero se condolía y nos ayudaba a pasar. Una vez crucé el río haciendo equilibrio sobre unos troncos gruesos que Vialidad había atravesado para facilitar la pasada. Mientras me bamboleaba para no caerme, vi un preso esposado a un policía tratando de mantenerse juntos sobre los troncos. La escena... era ciertamente surrealista. Después de esas peripecias desopilantes, daba clases muchas horas enseñando, con rigor, las abstracciones del Formalismo Ruso y el concepto de *ostranenie*, de Viktor Shklovski, llamado también desfamiliarización porque implica mostrar lo cotidiano de forma inusual o extraña. Lo increíble era que yo venía de vivir, materialmente, circunstancias que estaban totalmente alejadas de la vida cotidiana. Pero me sobraba audacia, juventud y ganas de ser profesora universitaria.

Tartagal, a la que también nombrábamos como un triste trópico, parafraseando la obra de Claude Lévi-Strauss, padre de la antropología moderna, fue una experiencia límite que da cuenta de la fuerza de voluntad de los profesores e intelectuales latinoamericanos. El empecinamiento por anular las dificultades y las situaciones de subalternidad, contra viento y marea. Democratizar el conocimiento y ponerlo al alcance de los otros porque ése debe ser, otra vez el imperativo kantiano de la herencia materna, el sentido de la universidad.

Después de la Sede Tartagal, rendí concurso en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de



Universidad Nacional de Tucumán, Sociedad Italiana (1994).



Universidad Nacional de Tucumán, Sociedad Italiana (1994).

Salta capital. Del barro colorado y los mosquitos del Bermejo a la urbanidad colonial. El mundo salvaje de los comienzos, empezó a desvanecerse.

Mi tercera etapa universitaria transcurre ya en la Universidad Nacional de Tucumán donde un nuevo concurso me devolvió a mi lugar.



Puerta de Alcalá, estancia en la Universidad Complutense de Madrid (1992).

Aquí permanecí casi veinte años hasta mi jubilación del grado. Claro que sigo vinculada a través de los doctorados de los que formo parte tanto como integrante de sus comités académicos como de su plantel docente.

Los temas de investigación que abordé en los proyectos que dirigí siempre estuvieron vinculados a los fenómenos culturales del subcontinente latinoamericano. Al principio de mi carrera académica me concentré en los escritores argentinos que comenzaron a escribir junto a la recuperación institucional. Me interesó especialmente el aislamiento y la desconexión que estos jóvenes autores mantuvieron, en un primer momento, con la generación anterior que había tenido que exiliarse o que, más dolorosamente, estaba desaparecida. Ese corte brutal de la filiación entre los necesarios eslabo-

nes de la escritura y del arte, hizo surgir nuevas estéticas impregnadas de exotismos y excentricidades que escamoteaban el cuerpo de la nación, lo velaban, lo volvían invisible pero no por eso menos reconocible. Huérfanos de padres literarios, los escritores novísimos inventaban una tradición apócrifa. A esta etapa le sucedió una segunda en la que me sumergí en los arduos y farragosos discursos coloniales escritos, en castellano antiguo, por conquistadores y clérigos de la conquista y colonización. El tema se enlaza con los años del Quinto Centenario del Descubrimiento de América cuando España reivindica y celebra, con grandes fastos, su pasado imperial. Como contrapartida, desde Latinoamérica, emergen otras voces con sus propias agencias críticas que vienen, justamente, a cuestionar y desmentir la gran empresa "civilizatoria". Mi interés se orientó a buscar

las huellas de las culturas indígenas oprimidas que, a pesar de su deliberado borramiento, todavía susurraban otra historia.

Las investigaciones de mis últimos años dan cuenta de una obsesión por relacionar la representación de la primera persona singular, el yo autobiográfico, el sujeto que relata su experiencia, con fenómenos y eventos culturales determinados, moldeados y definidos por la Modernidad. La escritura autofigurativa no puede desvincularse del *cogito* cartesiano ("Pienso, luego existo") que introduce al ser humano en la autoconciencia, en la certeza de comprobar que ya no depende del favor de los dioses sino de su propia voluntad para abrirse un camino. Tampoco puede escindirse del giro copernicano que desplaza a la Tierra de su centralidad ni de la física del movimiento de Galileo. Ya no es po-

sible fundirse con la divinidad y no asumir la responsabilidad de existir. Frente a esos desafíos que amenazan con arrojar al ser humano al abismo de la desaparición del nombre, éste busca y encuentra una manera de guarecerse de la intemperie existencial, de suturar la herida de una vida insignificante. Esa manera es relatar las experiencias de sí mismo. Así surgen los géneros autobiográficos que convierten circunstancias comunes, anodinas o imprevistas en acontecimientos estelares. La encrucijada moderna es también el momento en que emergen las grandes ciudades con sus multitudes anónimas que amenazan con arrastrar al individuo al limbo de los ignotos. De allí la urgencia por forjarse un nombre y alcanzar una cierta dimensión de posterioridad.

La escritura autobiográfica o escritura del yo habrá de manifestarse a través de diversas modalidades. Son avatares que disfrazan un imperativo de existencia abierto al despliegue de un abanico vital: Memorias, Autobiografías, Cartas, Diarios íntimos, Relatos de viaje que se articulan desde dos temporalidades diferentes. Por un lado, la reconfiguración y consecuente transformación de un pasado que no excluye la ficcionalización, como las memorias propiamente dichas y, por otro, los textos que refieren el presente y dan cuenta de una parte de la vida personal como la correspondencia o los diarios.

El criterio que justificó la selección de los autores estudiados se diseñó en base a coordenadas his-

tóricas, ideológicas y estéticas de *emancipación* y por la emergencia de nuevos actores sociales que contribuyen y posibilitan esos desplazamientos liberadores. Comprende los siglos XIX y XX y dibuja un arco que incluye procesos de independencia política, étnica y de género, la consolidación del estado nacional, la preparación revolucionaria de los años sesenta, la vanguardia y la renovación estética, la diáspora provocada por las dictaduras de los setenta y, finalmente, la nueva narrativa de la recuperación institucional y el desencanto del fin de milenio. Manuel Belgrano, el Inca Juan Bautista Túpac Amaru, el esclavo cubano Juan Francisco Manzano, José Martí, Guadalupe Cuenca (esposa de Mariano Moreno), Gertrudis Gómez de Avellaneda, Lucio V. Mansilla, Mi-



Asunción de Nuevas Autoridades, Universidad Nacional de Tucumán, 24 de junio de 2013.

guel Cané, Macedonio Fernández, Witold Gombrowicz, José Lezama Lima, Ernesto Guevara, Ángel Rama y Martín Caparrós constituyen un nutrido elenco de figuras históricas prominentes, artistas de gran eficacia estética, mujeres sobresalientes, publicistas, militares, entre otras personalidades destacadas, que se dieron cita en mi investigación para realizar una aproximación a la escritura autobiográfica latinoamericana, con las particularidades que la diferencian de la europea y determinan las estrategias compositivas a las que acuden nuestros textos autógrafos para construir subjetividades convincentes.

En más de 30 años de vida académica activa me desempeñé, además, en diversas actividades de gestión: consejera directiva, directora de departamento, secretaria de posgrado de la Facultad de Filosofía y Letras (UNT), secretaria alterna del posgrado general y secretaria de posgrado de la Universidad Nacional de Tucumán. Esta última función me permitió conocer a investigadores de otras disciplinas, en especial de las ciencias duras, que me enriquecieron con sus conocimientos y sus metodologías rigurosas. Toda una novedad para alguien del campo de las ciencias humanas. Colegas generosos que me abrieron un sitio de perspectivas deslumbrantes; con muchas ventanas para acercarme al horizonte del conocimiento y valorarlo en su inmensidad.

Otra dimensión importantísima de mi profesión universitaria está dada por las universidades y centros de investigación tanto nacionales como extranjeros que visité a lo largo de mi carrera y que me permitieron a mí, hija de ferroviarios, recorrer el país y el mundo: La Plata, UBA, Córdoba, Mar del Plata, Comahue, Rosario, Biblioteca del Congreso, *Brown University*, *Brandeis University*,



Brandeis University, Waltham, Massachusetts (1993).



Universidad San Antonio Abad, Cusco (1999).

Complutense de Madrid, University of Pittsburgh, Université de la Sorbonne Nouvelle (Paris III), San Antonio Abad (Cusco), Simón Bolívar (Quito), Universidad de Gotemburgo, Universität zu Köln, Universidad Jaguelónica de Cracovia, Universidad de Salamanca, entre otras.

En Salamanca nació mi abuelo paterno José de Arriba Cebrián. De chico jugaba con sus amigos a la pelota en el patio de la Universidad que en esa época era, para él, lo absolutamente inalcanzable. Por las tardes salía don Miguel de Unamuno de sus claustros y atravesaba ese patio me-

dio perdido en sus cavilaciones. Los chicos quedaban petrificados ante la aparición del mito, pero don Miguel condescendía a pegarle algunas patadas a la pelota. Dos veces estuve allí. Exponer en las aulas de esa universidad cerraba un círculo virtuoso.

Al recorrer con la escritura estos 30 y pico de años de profesión veo que ella está anudada a la universidad, en especial a la de Tucumán, pero también a esas otras que nombré recién y que me recibieron con la contención que suelen dar los pares y los lugares que guardan el conocimiento de la humanidad. El diamante eterno de las cosas casi sagradas: el saber que nos precede y el saber que vendrá del porvenir y que ojalá nos permita sobrevivir como especie.

■ PUBLICACIONES SELECCIONADAS

LIBROS

2018. *La invención de sí. Escritura autobiográfica en Latinoamérica (siglos XIX y XX)*. Buenos Aires: Editorial Katatay, isbn 978-987-29565-9-2.

ARTÍCULOS

2019. "Ernesto Guevara: un Bildungsroman en motocicleta". *Culturas 13*. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral, vol. n°13, pp. 83 – 92, issn 1515-3738.

2018. "Destinaciones, simulacros y derivas de la letra: una aproximación a la tierra prometida. Notas sobre correspondencia entre escritores." *Traslaciones*. Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo. 2018 vol.V, n°10, pp. 63 – 82, issn 1669-3868.

2015. "Adormirse y esperar en una lata de galletas (Sobre la obra poética de Macedonio Fernández)".

Argus-a Artes & Humanidades. Los Ángeles, California: Argus-a. vol.IV n°16, issn 1853-9904.

2009. "Angel Rama: avatares del intelectual latinoamericano". *Cuadernos del Sur Letras 39*. Bahía Blanca: Universidad Nacional del Sur, vol. n°39, pp. 93 – 106, issn 1668-7426.

2006. "Tupamaros". *Katatay Revista Crítica de Literatura Latinoamericana*. La Plata: Katatay, vol. n°3/4, pp. 80 – 86, issn 1669-3868.

2004. "Los sonidos de la enunciación en la primera vuelta al mundo". *REVISTA DE CRITICA*



Estatua de Fray Luis de León, Patio de las Escuelas, Universidad de Salamanca (1992).

LITERARIA LATINOAMERICANA. Hanover: Latinoamericana Editores, vol.XXX n°60, pp. 57 – 67, issn 0252-8843.

CAPÍTULOS DE LIBROS

2006. "Todas las casas La Casa (Homenaje a Julio Cortázar)". *Blätter im*

Wind. Kassel: Edition. Reichenberger, Deutschland, pp. 172 – 182, isbn 3-937734-37-6.

2002. "Lucio V. Mansilla: una excursión a la tierra infiel de la memoria". En: *Rosismo y peronismo: de los interrogantes historiográficos a las respuestas ficcionales*. Buenos Aires:

Editorial Nueva Generación, pp. 49 - 69. isbn 987-9381-25-4.

2001. "Políticas de los cuerpos en el fin de siglo hispanoamericano". En: *Territorios intelectuales. Pensamiento y Cultura en América Latina*. Caracas: Fondo Editorial La nave va, pp 257 - 269. isbn 980-6481-02-X.